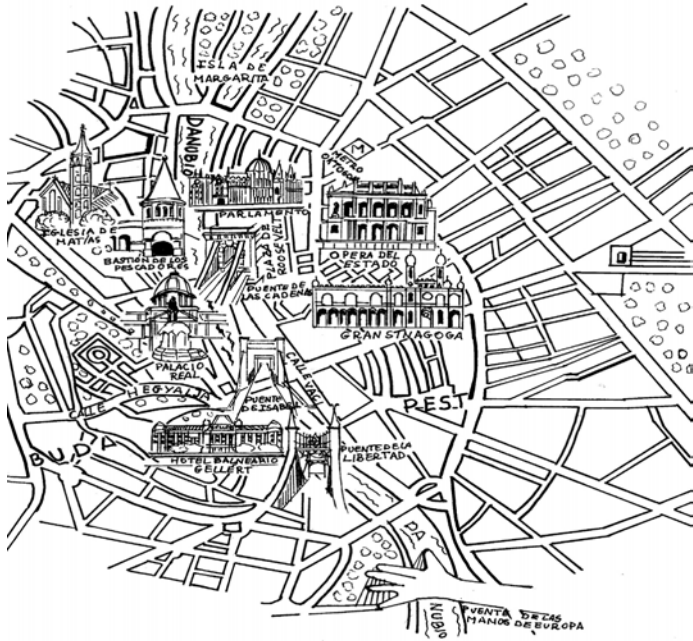


Plano de Toledo



Plano de Budapest

Para Begoña, por todas las veces en las que desde su
habitación nos asomamos al Danubio.

[...] Cuando me hablas de amor
o gritas que no importan la luz ni los relojes,
que es de noche y no piensas levantarte;
entonces
yo digo que estás loca y me respondes
recitando a Petrarca de memoria.

Luis García Montero

Entre los púrpuras del invierno, la tonada de una embarcación que se hacía al Danubio rompiendo hielo y niebla en la monotonía del amanecer, sorprendió al arquitecto de origen español Gabriel Siloé tumbado en un banco público junto al Puente de la Libertad, como si fuera una extraña flor surgida de la escarcha. Apoyaba el mentón de vello entrecano y mal rasurado sobre la madera, permaneciendo inmóvil, apenas cubierto por un abrigo sobre el que se había depositado la helada nocturna. Podría haberse dicho que Siloé estaba muerto, si no hubiera sido por la movilidad de sus ojos que despertaron sin sobresaltos, vidriosos por los cristales que había formado el frío o quizás porque bebió romanamente. La visión de las farolas cansadas y los muelles que poco a poco abandonaban su condición desértica para entregarse a los días laborables, lo rescataron de un paisaje onírico y febril, de la alucinación donde la muchacha de su adolescencia se desnudaba como entonces ante el turquesa marino y fantástico que habitaba sus sueños, un turquesa eléctrico, imposible, donde los pájaros acordaban silenciarse para entrar en el cielo del Este.

La imagen inicial con su hielo y su fracaso, escasamente centígrada y perteneciente a la gramática lógica de la melancolía, daba paso a la conciencia de que el frío lo estaba despedazando a dentelladas, unas horas más y hubiera sido otro borracho asesinado por el invierno de Budapest. Incorporarse le parecía una tarea dificultosa, la historia de lo que debió ser como hombre y la risotada fatal de su destino triunfante, vivir en la certidumbre de haber seguido una estrella equivocada en el firmamento, contentarse con su condición de barro, figura endeble a quien la tos le quebraría los pulmones contra la fortuna de estar vivo. En los dedos aguantaba un cigarrillo Symphonia agotado, consumido hasta el final, hasta su límite amarillento, inodoro, sólo colilla. Enfrente, junto a una botella vacía de güisquí, un niño con la mirada aturdida por el espanto de haber visto su primer muerto, mientras su madre, que no quería problemas, lo

devolvió a la realidad escolar y su disciplina diaria y pedestre, a la vía de los anónimos transeúntes, negando así a los despojados como Siloé, a los que la suerte lamió primero haciéndoles creer ídolos, para después abandonarlos junto al Danubio y sus aguas mercúricas. Pero Siloé no murió, sobrevivió a ese momento que sólo él tenía reservado para perecer en su mortaja helada, en aquel banco de la municipalidad escogido por el destino para convertirse en su improvisada caja de palo. La inercia vital provocó nuevas señales eléctricas, una lucidez mediocre que lo llevó a mover los dedos, a comprender su realidad alcohólica y dolorosa, la enconada aventura del parpadeo y la mecánica estropeada de las articulaciones. Budapest estaba tomada entonces por una atmósfera agobiante y plomiza, tan densa que resultaba ficticia, parecía como si nubes de carburo se hubieran posado a tan sólo unos metros del Danubio, suspendidas en su voracidad amenazadora, en el color gris que emborronaba los pináculos del Parlamento, que despintaba la torre de la Iglesia de Mathias y que había abandonado por completo a la niebla fantasmal el barrio del Castillo. La ciudad, arquitectónicamente mutilada por la bruma, todavía anestesiada con el formol del amanecer, era recorrida por una brisa que arrastraba a las gaviotas como en una suite de Bartók, rítmicamente, con peligro de estrellarlas contra el agua fría y oscura o contra los muros del muelle con una espuma de confeti intestinal, que desbrozaría entre graznidos sus alzados blancos y elegantes. Aquella visión tan usual para el invierno húngaro nunca había dejado de sorprenderle pese a los años vividos allí, quizás lo había vuelto comprensivo, tolerante, un asceta del paisaje, pero aún sin albergar la certeza suficiente para pasar por alto esa dureza climática que enmascaraba al tedio y que las gaviotas se desgañitaban por anunciar como aves mesiánicas e incomprendidas, aves conocedoras de que aquella penumbra sería superada en otras latitudes cercanas y precisamente por eso hubieran encomendado sus vidas a una labor tan ingrata y desapercibida. Cuando Siloé logró incorporarse quedando en la posición de sentado sobre el banco con su dureza como de caparazón de tortuga prehistórica, tampoco entendió el significado, aunque lo que no pudo evitar fue verse invadido por una sensación de vacío, apenado como estaba por el lamento de las gaviotas. Dolorido por la huida del anquilosamiento, aún no renunciaba a erguirse en el automatismo de la vida. Casi sin pensar en ello, intentó sin

suerte ponerse en pie, dejando caer al suelo un libro que había guardado bajo su abrigo antes de quedarse dormido. Y allí, junto a la botella vacía que quedaba a sus pies, descubrió en su presencia tan manida, aquel volumen del *Cancionero* de Francesco Petrarca que lo había acompañado en todas sus horas tristes y recordó que había llegado hasta el cemento del paseo a altas horas de la madrugada para recitar contra el viento al poeta y humanista italiano del XIV, en un lugar distante de uno de los puentes que conforman *Las manos de Europa* sobre el propio río, como son conocidos esos dos bellísimos puentes funcionales con forma de manos enormes y blancas haciendo contrapeso con cables de acero, situados uno en el Danubio a su paso por Budapest, como última estación antes de abandonar Occidente y otro en París, junto al Sena, para tratar de abarcar entre las dos manos Europa, que diseñadas por él recientemente habían resultado su mayor éxito profesional, permitiéndole pertenecer a la elite de la arquitectura internacional, recibiendo por ello una gran cantidad de dinero que sin duda le facilitaba poder llevar una vida holgada y seguir promocionando *Gabriel Siloé Architects*, el estudio que tenía instalado en una nave industrial situada a las afueras de Budapest, ahora desbordado de trabajo. Como tardó en agacharse para recoger aquel libro del suelo, pudo observarlo desde la sorpresa, renunciando a la concepción de saberlo leído innumerables veces, subrayado y adoptado por él con un afecto impecable entre sus manos, convirtiéndose así en el último admirador del petrarquismo, de esa corriente poética europea surgida bajo el influjo directo del *Cancionero*. Pese a tenerlo siempre presente, en un lugar cercano, incluso llegando al extremo de llevarlo consigo en sus frecuentes paseos por las ruinas romanas del Aquincum o por los jardines de la Isla Margarita hasta volver ilegibles sus páginas, conociéndolo minuciosamente en esa edición bilingüe que lo hacía comprensible y sabiéndose de memoria algunos versos en italiano, por un momento a Siloé le pareció extraño, ajeno, unas páginas que lo tenían embrujado durante años, pero que aún dudaba de haberlas comprendido más allá de su cadencia amorosa, con toda esa erudición clásica, habitando un pasaje que despertaba a la Edad Moderna. Hasta le pareció ridículo ver dibujado a Petrarca en la portada, encapuchado, con un atuendo rojo y de laurel coronado, ese hombre que habría de pasar a la Historia como el padre del Humanismo, como el primer europeo consciente, el primer hombre moderno cuya

poesía amorosa no iba a ser algo localista sino patrimonio internacional, como lo era ahora la arquitectura del propio Siloé. Pensó que cuando se levantara podría pasar de largo y abandonar el *Cancionero* allí, renunciando a él definitivamente, descubriendo su innecesario apego, su utilización como herramienta del pasado, la que le permitía recordar el légamo caliente de su juventud heroica, las promesas que alguna vez oyó de los labios deseados, labios que ya no pertenecían a nadie más que a un cuerpo perdido, pálido y tremendamente confuso en el recuerdo, apartado de cualquier realidad porque pertenecía a un limbo modesto y muy particular, el que había ideado Siloé con el tiempo, queriendo avanzar en la inseguridad diaria con esa certeza antigua de haberse sentido alguna vez un marfil preciado. Ejercitándose para ponerse en pie, llegando a comprender su desastroso estado físico, la factura alcohólica como un cheque extendido al dolor de cabeza, pudo ver algo que le hizo cambiar de opinión. El *Cancionero* había caído al suelo abierto por las páginas discontinuas, las únicas en todo el libro que no guardaban la lógica correlación de los números, porque allí en medio debería estar colocada la hoja arrancada, la que decodificaba su sentimiento, la que tenía claveteada con chinchetas a la pared en su despacho, una bengala agitada contra la oscuridad incomprensible que le devolvía gestas de alcoba con la mayor transparencia imaginable y la cara de una muchacha que lo miraba entorpecida por sus propios cabellos en la soledad del tiempo. Aquella cara que acababa de ver nítidamente otra vez, ahora en forma de evocación salida de entre aquellas páginas, le incomodó, le pareció tan real que tuvo que volverse hacia el lado contrario para adivinar, más allá y a lo lejos, *Las manos de Europa* entre los puentes sobre el Danubio, contra el susto de verse asediado por la remembranza y sus crueles atributos. En cambio, sobre el cercano Puente de la Libertad comenzaba a concentrarse el tráfico rodado, Budapest conocería en breve su acostumbrada vorágine laboral y matutina recuperando el pulso urbanita, recordándole al arquitecto que debería acudir a la Universidad para impartir sus clases, si no quería verse envuelto en un escándalo que incluso podría conducirle a su expulsión definitiva, al existir algunos antecedentes donde Siloé no pudo justificar sus ausencias, manifestando así en algunas ocasiones preferencia por sus trabajos privados que tanto tiempo lo ocupaban en su estudio de arquitectura, donde tenía empleados a varios arquitectos más, delineantes y

operarios o, en otras ocasiones, simplemente por llevar encima una embriaguez sensacional y la falta de todo compromiso adquirido con la docencia, tras el cansancio acumulado al haber viajado por todo el mundo para dar conferencias y enseñar arquitectura en infinidad de Universidades extranjeras. Por eso, con un ímpetu desconocido se puso en pie, ganando así la respetable altura que poseía y su aspecto intelectualizado, dio sus primeros pasos como un niño que despierta a la vida, se agachó con modestia para recoger el *Cancionero* y colocar de nuevo esa fotografía entre las páginas del libro, antes de devolverlo al recogimiento interior del abrigo, al contacto físico, corpóreo, que sólo conocen los pistoleros a sueldo. Condenando otra vez al olvido a esa sombra femenina que lo acompañaba por los pasillos de casa, que a menudo le tendía la mano para buscar juntos el Danubio o que se echaba al otro lado de la cama cada noche pasada en solitario, comenzó a caminar en dirección a la Ciudadela con andares inseguros de borracho, pensando que quizás podría tomar un taxi si se colocaba en algún lugar visible de la calzada y disimulaba su aspecto de pedigüeño reciente. Trató de peinarse con las manos, pero esos movimientos entumecidos sólo lograron agudizar su aspecto deplorable, creando discontinuidades en su cabello, además descubrió restos de hielo en cada pasada y comprendió que sólo un buen afeitado y una ducha caliente podrían reconstituírle. Pronto, los automóviles comenzaron a circular junto a él a gran velocidad, surgidos de la niebla con sus zumbidos de insectos impertinentes, convirtiéndole en algo parecido a un solitario que intentaba pasar desapercibido entre sus iguales, que lo adelantaban con prisas de maletines y ordenadores portátiles o se cruzaban con él manteniendo esa sonrisa discreta de los adúlteros, mientras que los primeros autocares comenzaban a descargar turistas con todas las mochilas exactamente iguales, cara de sueño y kilómetros incontables encima, turistas que no repararían en la grandeza del pueblo húngaro, ni en los parajes situados a las afueras de la capital, porque no entraban en su itinerario preestablecido, y que limitarían su estancia a comer paprika o a entrar en Mc Donald's, a pasear por la calle Váci con rutinaria mansedumbre y a aprovecharse del espíritu innovador y abierto del antiguo país socialista, posando sobre él su arrogancia occidental de caballo ganador, echando alguna moneda al bigotudo que toca música vestido con el traje tradicional o humillando a alguna joven en un

prostíbulo abierto contra el hambre, en trasnochadas veladas de cocaína y ocio aceptado. Pero los turistas que vio el profesor Siloé eran de los modestos, los de la temporada baja que jamás conocerían el Hotel Gellért o el Budapest Hilton, los que serían timados por los trileros en el Bastión de los Pescadores con sus trampas para la inocencia y llevarían el cuello hasta su máxima extensión para alcanzar a ver el monumento del Milenario en la Plaza de los Héroes, completamente distraídos de la explicación del guía, que les hablará sobre los magiares y el arcángel Gabriel portando la corona de San Esteban, pero que a ellos no les interesará mucho, o simplemente olvidarán cuando los vuelva a recoger el autocar porque estarán cansados de tanto andar sin rumbo ni aprovechamiento, pensando en que el guía les había prometido visitar unos baños típicos.

Pese a los esfuerzos del profesor Siloé por dormir el recuerdo de esa mujer que siempre regresaba con las flores de algún domingo, con su acento extranjero que hablaba sobre Milán como quien trae consigo el centenar de agujas góticas del *Duomo* para hacer un poema, o que regresaba a su pensamiento para buscar el encuentro únicamente vestida con unos tacones y a solas, no consiguió la postura adecuada en el colchón del olvido, no pudo inducir al sueño a esa mujer idealizada que casualmente se llamaba Laura, como la madonna Laura de Noves, la mujer en abstracto que centró la atención de Petrarca a lo largo de todo el *Cancionero*. Sin duda, también otra gran mujer de su vida había sido Zarah, su muerta, la que lo había condenado a la viudedad tras dulcificarle durante muchos años Budapest como lugar para vivir. Lo demás habían sido soledades sobrellevadas con alguna joven apartada de las normas y convenciones sociales. Mujeres aparte, ahí estaban su inercia acostumbrada, las reuniones de los jueves con otros profesores universitarios en la cafetería New York–Hungaria o sus encierros en el despacho particular de arquitectura que tenía en su propia casa, cuestiones que se habían visto perturbadas durante los últimos días debido a la especial magnitud que había cobrado la nostalgia. Una ligera esperanza le había devuelto el ánimo suficiente para no acurrucarse en la sonata triste que siempre musicaliza Budapest, acompañada en esta ocasión de un tardío reconocimiento que lo tenía desconcertado. Sucedió apenas dos semanas atrás, cuando Bianka, una niña rubia de apenas diecinueve años que se había mudado recientemente al piso de Siloé para convertirse en su amante, le dijo que

había sucedido algo extraño, se trataba de varias llamadas telefónicas mudas a las que ella siempre había respondido sin obtener resultado. Alguien estaba llamando al domicilio de Gabriel Siloé sin intención de hablar, alguien que se quedaba mudo al otro lado de la línea mientras Bianka no paraba de decir sí, dígame, hay alguien ahí, no lo escucho. La joven, en su actitud servicial, se acercó a su amante descalza, apenas cubierta por una camiseta y por unas braguitas como queriendo decir que ya había tomado posesión del hogar, llevando en la mano un papel donde había apuntado un número de teléfono con el prefijo internacional de España, tras muchas pesquisas y gestiones con una operadora húngara de la compañía telefónica, que terminó por facilitárselo. Siloé se quedó paralizado con el devenir de los acontecimientos, llevaba tanto tiempo apartado de su país que le resultaba extraño recibir una llamada desde allí. Era cierto que había proyectado la remodelación de la embajada española en Hungría, pero quienes se pusieron en contacto con él entonces fueron los propios técnicos de la embajada y algún diplomático, evitando tener que viajar a España para hacer aquellas gestiones. Asimismo, durante la recepción que dio el embajador para estrenar la sede entre etiqueta y canapés, el profesor comprobó sus atrasos con la actualidad española debido a la oxidación de su interés y su total apartamiento de los acontecimientos. Además, Bianka, por querer agradar o por aburrimiento, había ido más allá descubriendo que los tres números que seguían al prefijo nacional eran los que correspondían a la provincia española de Toledo, lugar donde nació Siloé. Este hecho, al menos aparentemente, no pareció inquietar mucho al profesor, que continuaba encerrándose a menudo en su despacho, esa habitación sustraída al piso donde vivían, para trazar los planos de esa gran obra suya que la arquitectura le debía, como le comentaba a su amante cada vez que ésta le preguntaba por sus reiteradas ausencias de la vida en común o por ese meticuloso afán de querer tener siempre cerrada la puerta del despacho, puerta que sólo podía abrirse con una llave que Gabriel siempre llevaba consigo. Pero la realidad era otra, Siloé no había sabido qué hacer con aquel trozo de papel rotulado en azul con una numeración infantil y trabajosa, parecida a la de un niño que pretendiera aprender los números y aún los imitara con torpeza. Guardó el papel en su cartera y en la memoria, y no lo devolvió a la luz hasta al menos un mes más tarde, cuando en la mañana desesperada, carcomido por

las larvas del desasosiego, por el incentivo de volver a escuchar la voz femenina de la obsesión, lo puso sobre la mesa de su despacho en la Universidad y tecleó ese número en el teléfono. No hubo respuesta, tan sólo un pitido molesto. Igualmente sucedió así cuando repitió esta operación desde una cabina en el centro de Pest o desde su propia casa, eso sí, en ausencia de Bianka, cuyo interés quería despistar. No deseaba preguntas sobre su pasado, no pretendía abandonar su rol de exiliado político que tan bien había sabido encarnar pese a que eran otras las razones, las de alguien que jamás se había planteado el regreso al haberse adaptado a unas costumbres extranjeras que ya había hecho suyas, un rol que le proporcionaba la pesada gloria del intelectualismo, que le brindaba la deseada crisálida del aislamiento contra un pasado con hedor a orgullo, resentimiento y por qué no, a muerte. Siloé quiso pensar que el zumbido del teléfono era un guiño a la prudencia, a la contención, cuando en su interior ya se estaba forjando la esperanza, creía firmemente que aquella llamada era una señal, una estrella fugaz que le invitaba a regresar a Toledo, a pedir ese deseo que él mismo no se atrevía a pensar. En cambio, decidió no ahondar, regalarse el merecido descanso que se practica cuando se olvida, una tregua melancólica donde se aprende a sobrellevar la nostalgia convirtiéndola en algo común, en una carga mínima solucionada con uno o dos recuerdos diarios donde el arquitecto ponía interés, redimiéndose el resto del tiempo. Como lo prefirió así, no volvió a insistir, despistó la curiosidad encadenándose al trabajo o haciendo más el amor con Bianka, que le inspiraba lástima al saberla una muchacha a la que el día más inesperado le iba a pedir que se marchara. La conoció una tarde envuelta de bohemia y pinceles, en la que ella trataba de pintar sobre un lienzo acodado en el caballete, La Ópera desde la calle Andrásy, ligeramente inclinada sentido plaza Oktogon, donde parecía captar mejor los esplendores neobarrocos del edificio decimonónico construido por Miklós Ybi a semejanza de la Ópera de Viena. Bianka no tenía suficientes dotes para la pintura, Gabriel estaba seguro de que ella no vendería jamás ni un solo cuadro y que para ganar algún dinero acabaría como cajera en cualquier tienda de barrio o, a lo sumo, como administrativa del Estado, pintando sus uñas frente a la pantalla del ordenador. El profesor recuperó la normalidad, el pulso de los días bebiendo en afamados cafés de la capital como el Pierrot, el Café Mozart o el Firenze, volviendo a

disimular su aspecto alcoholizado con la mascarada formal de sus clases en la Universidad. La sobriedad era mediocre, incómoda, le hacía asomarse al precipicio del fracaso, a la obsesión continuada por saber de lo anterior, de sus padres olvidados y sus hermanas sin contacto, le hacía subir sus cincuenta años a la balanza del triunfo vital, lo obligaba a asumir su principal condición docente contra la creación en plena libertad, que todavía no se atrevía a permitirse porque eso suponía viajar mucho y abandonar por tanto las costumbres a las que ya se había apegado. Sin embargo, hubo un día en el que el teléfono sonó y Bianka no estaba para cogerlo. Habían estado juntos haciendo unas compras en un centro comercial de las afueras y ella, al abandonar el automóvil del profesor Siloé, le dijo que iría hasta un club de jazz donde unas alumnas de Bellas Artes compañeras suyas flirtearían con drogas y luego intentarían esbozar un cuadro, así que Gabriel regresó solo a su piso de la calle Hegyalja. Estaba encerrado con llave en el despacho cuando el teléfono sonó, al principio ni se importunó, no lo escuchó o simplemente pensó que Bianka lo atendería como siempre, por eso se consumieron los tonos y nadie descolgó. Reaccionó cuando el teléfono dejó de sonar y no escuchó la voz de Bianka, sólo entonces reparó en la soledad y en que debería ser él quien atendiera las llamadas. Unos instantes después volvió a sonar el teléfono, de nuevo los tonos se consumían en el tiempo, Siloé se puso en pie y caminó hasta la puerta con paso indeciso porque no estaba interesado en nada de lo que le pudiera ofrecer el teléfono, su vida era regular y precisa, hasta últimamente repetitiva en ocasiones, una vida donde los sobresaltos pertenecían ya a lenguajes ajenos. Fue al girar la llave del despacho cuando pensó en ese número desconocido que le había proporcionado su amante y una corriente eléctrica recorrió de inmediato su espinazo. Avanzó unos metros por el cuarto de estar sorteando el lugar donde Bianka había colocado el caballete y sus pinturas, arrojándose finalmente de rodillas sobre el sofá para ganar unos segundos, sin importarle adoptar ese comportamiento tan poco elegante. Naturalmente, él comenzó atendiendo la llamada en húngaro, pero el hombre que hablaba desde el otro lado se dirigió a él en español por sorpresa.

—Señor Siloé, por fin lo encuentro. Permítame que me presente, soy Javier Santángel, del Ministerio español de Educación y Cultura. Para no andarnos con demasiada burocracia le diré que mi trabajo consiste, entre otros menesteres, en velar por nuestros talentos, por nuestros

genios en el extranjero. Y qué duda cabe, usted es uno de ellos. Excusando a la señora Ministra, que me ha pedido que le traslade su enhorabuena, en nombre del Gobierno le doy las mayores felicitaciones por ese galardón tan importante que le ha concedido la Fundación Hyatt, sabiendo reconocer así la implicación de su obra con la construcción de una Europa unida. El asunto de los papeles desclasificados que recientemente han descubierto los empleados de nuestra embajada de Budapest y que lo señalan a usted como represaliado político en la era del Comunismo, ha sido determinante, créame. Una labor de arqueología documental que al fin cristaliza.

El arquitecto miró el teléfono con extrañeza, pensando en una equivocación, mientras que al otro lado de la línea Javier Santángel continuaba halagándole con merecimientos que él desconocía. Además, estaba subido al sofá de una forma ridícula, clavado de rodillas en él, mirando hacia el ventanal donde se televisaba el acostumbrado ambiente plomizo presagiando lluvia en el paisaje del extrarradio. Estaba tan confuso que no sabía cómo parar esa conversación, sencillamente no entendía nada de lo que estaba pasando, además hacía mucho tiempo que no hablaba la lengua española. Había reparado en el detalle de que desde que descolgó el auricular sólo había pronunciado unas torpes palabras, pero enseguida Santángel se lo puso fácil, era natural.

—Siloé sigue usted ahí, tengo la impresión de estar hablando solo.

—Sí, perdóneme, claro que sigo aquí. Lo que ocurre es que no sé a lo que se refiere con lo del asunto de los papeles desclasificados, ni con lo de la concesión de ese premio.

—¡No me diga que se ha enterado por mí! —exclamó Santángel desde su despacho en Madrid, echando hacia atrás su pelo engominado y comprobando próximos quehaceres en su agenda, mientras seguía mintiendo administrativamente—. Yo pensaba que usted ya estaría al tanto de todos estos asuntos, que le habrían llovido las felicitaciones y las entrevistas. ¿Usted es el arquitecto de origen español Gabriel Siloé, verdad?

—Así es.

—Entonces no hay problema, digamos que el azar ha hecho recalar ese privilegio en mí. Pensé que debería ser uno de los primeros en darle la enhorabuena, pero de ningún modo pretendí ser quien le diera la noticia. Atiéndame, Siloé,

—continuó Santángel mientras el arquitecto recomponía su posición sobre el sofá de su sala de estar— usted ha ganado el Premio Pritzker de Arquitectura que anualmente concede la Fundación Hyatt para honrar a un arquitecto en vida, lo puede comprobar en los periódicos, el fallo del jurado ya se ha hecho público y estoy seguro de que ellos habrán intentado ponerse en contacto con usted. El Estado español se ha puesto a trabajar en cuanto ha conocido la noticia, hemos destacado a varios técnicos a la sede de la Fundación Hyatt para obtener información sobre la reunión celebrada allí, en el mismo lugar donde se ha dado su nombre como ganador. Enseguida hemos podido saber a través de los miembros del jurado, que usted ganó ampliamente la votación, imponiendo su candidatura para satisfacción de todos los ciudadanos españoles. En mi opinión personal, construir una obra integrada entre un país tan asentado en la Unión Europea como Francia y otro país con menor tradición en la Unión como Hungría, ha debido ser determinante. Por si no lo sabe, el premio consiste en 100.000 dólares y una medalla de bronce, que sin duda impulsará aún más su carrera. Ya sabe que el Pritzker es el Nobel de la Arquitectura. Desde ahora mismo, Siloé, usted ingresa en esa privilegiada lista de arquitectos afamados, le lloverán las ofertas para realizar obras por todo el mundo, tendrá que dejarse la docencia en la Universidad y ampliar su estudio montando otras sedes por todo el mundo; deberá contratar a un mayor número de colaboradores. Realmente el jurado, además de valorar toda su obra anterior, quedó asombrado cuando conoció los detalles de ese proyecto suyo que en un principio no se pudo llevar a cabo por la represión comunista y que al fin consiguió concretar en fechas más o menos recientes. Las manos de Europa, como son conocidos esos dos bellísimos puentes aparentemente inconclusos tanto en París como en Budapest, pero a la vez funcionales, con forma de manos enormes y blancas, situados uno sobre el Danubio y otro sobre el Sena, son magníficos. El jurado no tuvo dudas en cuanto se sacaron a la luz unos documentos desclasificados que les llegaron a sus manos con los detalles de sus desventuras durante el régimen comunista del Este, donde se detallaba su inhabilitación durante aquel tiempo precisamente por estar trabajando sobre este proyecto. Yo personalmente lo admiro, porque usted persistió hasta hacer realidad ese sueño suyo, aunque fuera muchos años después. Fue todo un visionario, a su manera anticipó el final del Comunismo en Europa, pero

la represión política no lo dejó hacer. Una verdadera lástima. Pese a que España es su país, no hay ninguna obra suya en suelo español, quizás porque se marchó de aquí siendo un adolescente, y debido a eso todavía no es muy conocido por los suyos si exceptuamos, claro está, los círculos académicos. El revuelo suscitado con el premio y esos documentos a los que ha tenido acceso nuestra embajada en Hungría, donde se menciona la injusticia que le hicieron, pronto se airearán y usted se hará muy popular. Estoy seguro —continuó Santángel— de que el premio hace justicia y que por fin llega su reconocimiento internacional como arquitecto. Usted es uno de esos grandes hombres que jamás debería haber abandonado su patria por motivos políticos. Es curioso, aquí no era más que un comunista, un rojo, y allí en Hungría interrumpieron su trabajo por considerarlo un traidor, un peligro para el régimen comunista, alguien que no estaba comprometido porque practicaba un socialismo moderado basado en el acercamiento a los distintos países que trataban de crear una Europa unida. Pero créame, hasta para los técnicos que tenemos empleados en este asunto, usted es un misterio. ¿Qué fue de su vida? Sabemos, y si me confundo me corrige, que comenzó trabajando en París en el estudio de un profesor suyo como continuación de sus estudios universitarios y luego, cuando se marchó a Budapest convencido por sus ideales de izquierdas, trabajó para el gobierno húngaro proyectando barrios obreros de arquitectura socialista y hasta llegó a colaborar con el ejército, antes de que se le considerara en Hungría uno de los sucesores naturales del arquitecto Béla Pinter, porque continuó con los últimos resquicios de la remodelación del patrimonio arquitectónico que no se pudo acometer en la posguerra por cuestiones económicas, como el acondicionamiento de algunos afamados balnearios. Luego, ya voló en solitario, comenzó su andadura académica en la Universidad de Budapest y realizó edificios privados con ciertos tintes vanguardistas que comenzaban a apartarse de los cánones rusos, hasta que cayó en desgracia por proyectar unos puentes sobre el Sena y el Danubio con renovados aires de libertad, que pensaba dar a conocer como *Las manos de Europa* y que no gustó al Partido Comunista, por eso lo investigaron y pusieron freno a su carrera como hemos podido saber ahora gracias a estos documentos desclasificados que tengo sobre mi mesa de despacho. Después nada, una página en blanco hasta la definitiva caída del Comunismo en todo el bloque del Este, cuando realizó por la vía privada el Hotel Schiller,

también sabemos que dirigió trabajos al sur de la ciudad en el muelle de Belgrado, hizo varias torres de telecomunicaciones y, cómo no, ese magnífico centro de negocios de las afueras con sus grandes tiendas y esa arquitectura que ustedes llaman “deconstructivista” empleando el diseño asistido por ordenador, como obras destacadas entre muchas otras en su país adoptivo, hasta que animado por el despacho de arquitectura montado con tres socios más en Budapest, se decidió a salir al extranjero tanto para impartir docencia en Universidades americanas, como para hacer rascacielos, auditorios y museos en sitios tan dispares como Tokio, Seattle o Lisboa, antes de especializarse en los puentes con forma de mano a caballo entre la arquitectura y la escultura, como el que realizó en Dresde sobre el Elba para simbolizar el hundimiento del hombre en el mundo que lo desgasta y se lo traga, o las propias *Las manos de Europa*, su obra cumbre. Todo esto le valió para ser nombrado profesor de diseño en la Escuela de Artes Comerciales de Budapest, ser investido Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Washington, Seattle y la Medalla de Oro de las Bellas Artes en el país donde reside. En la arquitectura del Este nadie puede negarle sus reconocimientos, pero al principio le costó que su nombre superara el ya extinto “telón de acero”, aunque luego tuvo su oportunidad y una buena ocasión para consolidarse en el panorama internacional. Lo que me inquieta es esa página en blanco en su currículum, —Santángel hizo una pausa para comprender correctamente el informe que tenía enfrente— digamos el tiempo comprendido entre su arruinado proyecto de *Las manos de Europa* y su resurgimiento como profesor universitario, cuando ya supimos de usted y le ofrecimos los trabajos de la nueva embajada española en Budapest. ¿Dígame, qué hizo en ese intervalo, coincidiendo con la represión comunista más exacerbada?

Con cierta adustez, haciendo hincapié en un tiempo indeseable, como si el recuerdo de aquellos días donde flirteó con la repatriación, el hambre y el presidio, le mordisquearan los pies y le hicieran torcer el rostro en una trabajosa mueca, Silóé respondió:

—Conduje un autobús.

—¿Cómo dice? —se sobresaltó Santángel, insinuando cierta sonrisa.

—Un autobús —repitió el arquitecto.

—Sí, eso ya lo he oído, ¿pero lo que me quiere decir usted es que llegó a ser chófer de una línea de autobuses húngaros? ¿Un arquitecto afamado como usted al volante para conducir a diario a cientos de personas a sus trabajos? ¿Es eso?

Siloé se retrajo, ¿qué sucedía? ¿Es que debía avergonzarse por ello? El suyo no iba a ser el único caso, en la década de los setenta conoció a médicos y abogados que habían tenido que sobrevivir con trabajos apartados de sus disciplinas académicas como castigo por discrepar políticamente con el gobierno o para evitar el hambre, y sabía que en la antigua Checoslovaquia, en Rumania y en el resto de los países comunistas sucedieron casos similares. No le gustaba hablar de ello, pero tampoco era algo que debiera ocultar. Entonces el arquitecto se contuvo, mitigó sus accesos de violencia verbal y trató de reconducir la conversación hacia otros deltas donde se desarrollara mejor.

—Bueno, la verdad es que no sé qué pretende averiguando tantas cosas sobre mi vida. Yo no necesito ningún premio, además no tengo constancia de nada de esto por escrito y nadie se ha puesto anteriormente en contacto conmigo, comprenda mi extrañeza. Además no sé cómo ha conseguido usted el teléfono de mi vivienda particular —esto último lo pronunció Gabriel como haciendo flotar en el ambiente antiguas reminiscencias políticas.

—Está bien, comprendo señor Siloé. No pretendía molestarle con mi conocimiento sobre su vida, sencillamente es mi trabajo. Para su tranquilidad le diré que en la embajada española en Hungría existe un registro con todos los ciudadanos españoles que habitan el país, con sus direcciones y teléfonos, aunque a usted lo localizamos a través de la Universidad. Si no ha mirado su contestador automático y el correo en varios días debería hacerlo, estoy seguro que desde la sede de la Fundación Hyatt le habrán hecho llegar su condición de ganador del Premio Pritzker y no tardarán en intentar ponerse en contacto con usted a través del teléfono otra vez, como lo he hecho yo. Si acaso aguardaré unos días más antes de volver a llamarle para concretar los detalles, ya que deberá viajar a Viena para recoger el galardón en el Belvedere, que es el lugar elegido para la entrega del premio este año. Ya verá como lo pasa estupendamente allí, nosotros nos encargaremos personalmente de su bienestar y podrá disfrutar de la distinguida presencia de otros ilustres galardonados en años anteriores, arquitectos afamados como

usted. Ah, se me olvidaba, varios periodistas de semanarios y periódicos, así como otros profesionales de la comunicación se han dirigido a mi gabinete con la intención de concertar las pertinentes entrevistas, les hemos contenido diciéndoles que primero queríamos hablar nosotros con usted, pero ellos insisten y no podemos impedirles hacer su trabajo por más tiempo. En un par de días, cuando ya haya digerido la noticia, lo llamaré a este número o a su despacho de la Universidad para continuar con la conversación. Le vuelvo a trasladar mi enhorabuena y espero que nos podamos conocer en persona lo antes posible.

El teléfono reconstituyó su posición acostumbrada dejando a Gabriel Siloé en un acomodo inocente, sin sobresalto, como en un limbo habitado por todas aquellas cosas prescindibles. Permaneció meditabundo, algo extrañado, pero en ningún caso pensó que aquella llamada podría cambiarle la vida. No tenía intención de abandonar Budapest y estaba seguro que seguiría así por mucho tiempo. En cualquier caso declinaría aceptar el premio, pensó que los políticos siempre lo liaban todo, que aquella conversación no debería importunar la tranquilidad de piedra que había forjado para sí mismo con su esfuerzo, la que había deseado como epílogo antes de afrontar su particular otoño vital, tras una biografía azarosa y convulsa. Pero aunque se resistiese, las palabras de Javier Santángel habían conseguido dibujar fisuras sobre la seguridad que tenía en sí mismo, dejando que escaparan algunos recuerdos entre suspiros y medias sonrisas lunáticas. Pensó entonces en Las manos de Europa, dos imponentes palmas blancas separadas por miles de kilómetros que se miraban la una a la otra en su equidistancia, formando dos puentes útiles y transitados a diario por los ciudadanos, que fingían enterrar respectivamente sus cuerdas de acero para emerger al otro lado del continente europeo. Eso lo había proyectado ya Siloé cuando aún era un joven atrevido a quien acusaban de participar en la resistencia, cuando la arquitectura era para él una forma de evasión, un grito angustioso contra la esquizofrenia de los tiempos, algo más que materiales constructivos. También rebuscó en su interior la vanidad para aceptar el premio, pero no encontró más que miseria y justificaciones. El Estado español quería ahora vanagloriarse a su costa, cuando él era también ciudadano húngaro desde hacía muchos años, considerándose personalmente un vecino de Budapest que había renunciado a sus orígenes. Lo que sí

apareció por sorpresa fue el miedo, sin haberlo convocado se manifestó previniéndole contra las entrevistas y felicitaciones, ¿qué iban a pensar quienes lo descubrieran como un bebedor reciente, quienes lo reconocieran con su pelo canoso y despeinado, llevando lamparones sobre su abrigo? Vendrían a buscarle, querrían saber de él, pretenderían ponerle frente a las cámaras y los flashes. Qué referencias iban a dar de él en la Universidad cuando en realidad lo que estaban deseando en los claustros era apartarle de la docencia por su bohemia, locura o falta de compromiso. Y lo más cruel, que él mismo se sentía apartado del resto de los vivos, desclasado, por debajo de ellos en un substrato donde no había esperanza de volver a ver la luz del día. Entonces fue cuando pensó en ella. Siloé, que había avanzado desde su despacho hasta la sala de estar donde estaba situado el teléfono, había apretado el paso porque esperaba encontrar al otro lado una voz femenina. Nada de aquello que había escuchado lo atraía y sin más, quedó decepcionado.

Rememoraba todo esto Gabriel Siloé cuando caminaba al borde de la carretera buscando un taxi que lo llevara a la Universidad, donde ya debería estar impartiendo sus clases. Notaba cómo sus huesos se iban sacudiendo de encima el frío, pero todavía andaba trabajosamente, aún conmocionado por los efectos de la embriaguez que lo mantenía mareado y con un fuerte dolor de cabeza. La incredulidad no lo dejaba retornar a su posición acostumbrada, la cabal, la que intentaba mostrar en presencia de los demás, ayudándose con las dotes propias de lo inadvertido. Estaba realmente desatinado, apenas había visto a Bianka por su apartamento, no sabía nada de ella desde hace días, había bebido en exceso, sin cuidado, calculando erróneamente la resistencia de su cuerpo y hasta se había echado a la calle con un juego de calcetines de distinto color. No estaba seguro del tiempo que había pasado a la intemperie, tampoco podía precisar el día exacto en el que vivía, quizás debería haber puesto un examen en la Facultad a sus alumnos, o quizás había dejado de asistir la tarde anterior a la reunión semanal en el Café New York-Hungaria, cuestión que le hubiera molestado al tratarse del único reducto social donde se desplegaba con cierta naturalidad y acomodo. Sus pasos, que le condujeron durante al menos quince minutos por una de las principales arterias de Budapest, de pronto se frenaron en seco ante una marquesina acristalada que anunciaba un perfume de Christian Dior, donde Siloé se vio reflejado.

Presentaba un aspecto deplorable con toda aquella maraña de pelo desordenado, el abrigo manchado y fuera de tiempo, el mentón sin rasurar, los zapatos untados de barro o la corbata ladeada. Tuvo ganas de compadecerse, hasta torció la boca y encogió la nariz para manifestar su incomodo, la extrañeza repentina de quien no se reconoce en un reflejo que le depara ahora la presencia de un ser extraño, desconocido y hasta repulsivo. Un autobús alcanzó la parada con su estruendo y chirridos, interrumpiendo a Siloé en su contemplación lesiva. El arquitecto comprobó que el número de autobús correspondía con el que hacía la línea hasta la Universidad y decidió subir, prescindiendo de tener que buscar un taxi, labor que por otra parte requiere cierta destreza en Budapest. El conductor dijo en voz alta el precio del tique que Siloé tardó en recoger.

—Vamos, no tengo todo el día. Si vas a pagar háglo de una vez y si no, bájate. No ves que hay gente esperando —le recriminó el conductor con la paciencia desbordada.

En ese instante el arquitecto español reparó en que no llevaba dinero encima, la noche anterior debió gastarlo todo en alcohol o quizás le hubieran robado las monedas sobrantes mientras dormía a la intemperie. Pero un acceso de lucidez última le permitió no tener que afrontar el ridículo de abandonar el autobús, Siloé palpó el interior de su abrigo de donde extrajo la cartera y, del interior de ésta, un viejo carné desvencijado que lo acreditaba como antiguo chófer de la compañía de transportes metropolitanos. Entonces el conductor esbozó una sonrisa y le hizo un gesto para que pasara. Instantes después, el autobús se reincorporó a la circulación. Gabriel Siloé ocupaba asiento de ventanilla. Afuera la ciudad tenía el color del hielo.